

de tres millones de habitantes, atenta sólo á eludir las cargas y á sustraerse á las fatigas, sin inquietarse por la suerte del escaso ejército de la independencia. “ Cuando miro á mi alrededor, decía el ayudante general Reed, y busco á los que tan alto hablaban de honor y de muerte, llego al colmo de la sorpresa. Algunos de nuestros señores de Filadelfia que vinieron á vernos, desaparecieron velozmente al primer disparo. Esos *hijos de la libertad*, que en otras partes hacen tanto ruido, son los más silenciosos en el campo de batalla.”¹ “ El ejército, escribía Washington, va á verse reducido á una de estas tres extremidades : morir de hambre, disolverse, ó dispersarse para vivir como pueda.....Durante algunos dias el hambre casi ha reinado en el campo. Los

¹ Wash. Irving, *Life of Washington*, tom. II, cap. XXXIII.

soldados están desnudos y se mueren de inanición.....Todas las ocasiones favorables de sorprender al enemigo se han perdido por falta de víveres.....Cerca de tres mil hombres permanecen inútiles faltos de vestidos y de calzado.....Desde el día 4 el número de soldados válidos ha disminuído de dos mil por los sufrimientos que les ocasiona la falta de coberturas.”¹ “ Si tuviera yo que pintar la época y sus hombres por cuanto veo y sé, diría que la pereza, la disipación y la extravagancia los caracteriza ; que la especulación, el peculado y una sed insaciable de riquezas prevalecen y dominan á todo el mundo ; que las disputas de partido y las querellas particulares absorben toda la atención mientras los intereses nacionales, la deuda enorme y en aumento

¹ Carta al presidente del congreso del 23 de diciembre de 1777.

constante, la ruina de la hacienda, la depreciación del papel moneda, la falta de crédito, todos los asuntos vitales, en una palabra, apenas interesan y se aplazan de día en día como si nuestros asuntos se hallaran en el más próspero estado. Una tertulia, un concierto, una comida, una cena en que se gastan trescientas ó cuatrocientas libras, no sólo impiden tratar los negocios sino hasta pensar en ellos, y mientras tanto, un sinnúmero de oficiales abandona el servicio á causa de su extrema miseria.”¹

Y esta indiferencia, esta inercie, no eran sin embargo obstáculos tan graves á la lucha emprendida en nombre del país, como la hostilidad y los odios de los *torys* ó *leales*, partidarios y auxiliares de Inglaterra y causa, por tanto, de la guerra civil y de su inevitable séquito de proscipciones, cruel-

¹ Carta á B. Harrison del 30 de diciembre de 1778.

dades militares, parcialidad judicial, confiscaciones, devastación y ruina. “Mientras los americanos, dice un historiador contemporáneo de la revolución,¹ de retirada en retirada atravesaban el país, nadie venía á unírseles, en tanto que una muchedumbre salía al encuentro de las tropas reales para fraternizar con ellas y pedirles protección. De un lado veíase un ejército numeroso, bien vestido, bien equipado, que seducía la vista por la elegancia del uniforme; del otro un puñado de pobres soldados huyendo para salvar la vida y cubiertos de harapos que los hacían llamar *ragamuffins* (los harapientos). En tal situación no sólo el pueblo cambiaba de partido, otro tanto hacían hombres de importancia de New Jersey y de Pensilvania.” En 1775, aun resonaban los primeros cañonazos de Lex-

¹ Ramsay.

ington y ya era necesario dividir las fuerzas para acudir á New York en defensa de los republicanos perseguidos por sus compatriotas. En 1776 recibían los ingleses considerables refuerzos de voluntarios neoyorquinos, y pueblos enteros de esa misma provincia saludaban la llegada del general Howe renovando el juramento de fidelidad á la corona y tomando las armas en su defensa. En New Jersey, en Maryland, en la Georgia, en las Carolinas, los soldados angloamericanos partidarios de la madre patria igualaban en número al de los combatientes por la independencia, y en medio de esas poblaciones hostiles, una trama urdida contra Washington, de acuerdo con hombres de su guardia, estuvo á punto de entregarlo á los ingleses.¹

¹ Marshall, *Vie de Washington*, y Sparks, *Washington's Life*.

Las medidas de conciliación adoptadas por la Gran Bretaña creaban otro peligro aún más irreparable que la debilidad y la indisciplina del ejército, que la incuria y la hostilidad de las poblaciones. “Es de temerse, exclamaba Washington, que las proposiciones de Inglaterra produzcan un gran efecto en el país. Los hombres son generalmente amigos de la paz, y más de un síntoma me indica que el pueblo americano está cansado de la guerra.”¹ Y temeroso de ver aceptadas las promesas de la metrópoli y sacrificada la independencia “al deseo de vivir cómoda y tranquilamente esperando el fin de una tan gran revolución,”² Washington buscaba la protección de Francia, para salvar de una ruina prematura el monumento de dignidad y de gloria que

¹ *Washington's Writings*, tom. V.

² Carta de Washington á Benjamin Harrison.

sólo él sostenía con su abnegación generosa.

De Francia ya habían recibido los angloamericanos las ideas que inspiraron su declaración de independencia; de Francia habían partido los primeros aplausos que estimularon á la revolución incipiente; de Francia habían salido los principales subsidios; de Francia habían ido los héroes que más ejemplos daban de desinterés y sacrificio. La opinión pública, el ministro Vergennes, Luis XVI mismo, deslumbrados por la elocuencia persuasiva de Beaumarchais, se apasionaban por la causa antibritánica, y el autor de *El Barbero de Sevilla* con un millón recogido en Francia, otro en España, su propia fortuna y la fortuna de sus amigos, compraba buques, los tripulaba, comenzaba enviando á Washington en 1776 doscientos cañones y otras municiones de guerra, fusiles y equipo para veinticinco mil

soldados, cuarenta oficiales escogidos, y daba en seguida tanta importancia á sus auxilios que, al terminar la guerra, la marina de Beaumarchais transportaba inmensos pertrechos y se batía unida á la marina del rey.¹ Lafayette, de veinte años apenas, abandonaba un hogar recién creado, fletaba un buque y lo cargaba de armas por su cuenta, para irse á poner á las órdenes de Washington y justificar hasta el fin de la guerra la sinceridad de estas palabras, dignas de la antigüedad: "Desde que tuve noticia de la querrela, mi corazón sentó plaza y ya no pensé más que en unirme á mis banderas."² La nobleza seguía á Lafayette

¹ En 1835 aun no había sido enteramente reembolsado Beaumarchais, y sus herederos, para dar fin á debates interminables, tuvieron que aceptar una transacción recibiendo sólo una parte de la suma debida al hombre que tanto había contribuído á la independencia de los Estados Unidos.

² Lafayette, *Mémoires*, tom. I.

haciendo brillar en las colonias rebeldes sus más ilustres nombres: de Broglie, de Vioménil, de Chastellux, de Laval-Montmorency, de Castries, de Lauzun, de Saint-Mesmes, de Custines, de Ségur, de Rochambeau, de Noailles; y el alma de la Francia, dolorida por las humillaciones del tratado de Utrecht y la guerra de siete años, exhalaba en la triunfal recepción de Franklin¹ su terrible anhelo de venganza.

Por eso, cuando dos años de esfuerzos infructuosos probaron la imposibilidad de vencer con los recursos propios, á Francia acudieron los angloamericanos llamándola al socorro de la libertad agonizante. Jamás

¹ Los franceses quisieron entonces olvidar que el mismo Franklin que en 1776 iba á solicitar su protección, ocho años antes escribía: "Yo presumo que esa nación intrigante (Francia), querría mezclarse en nuestros asuntos y soplar el fuego entre la Gran Bretaña y sus colonias; mas yo espero que no le daremos ese gusto."

pueblo alguno ha recibido tan completo y desinteresado apoyo. Silas Deane, agente político del congreso en la corte de Versalles, había ofrecido hasta el monopolio comercial que antes disfrutaba la Gran Bretaña por obtener el reconocimiento de la independencia. El don sobrepujó á la demanda: sin aceptar compensación ninguna, el rey de Francia ajustó un tratado de alianza con las colonias cuya unión iba á crear una república. Y sin embargo, lo que esos protestantes republicanos pretendían era que una monarquía católica y absoluta se arrojará á una guerra formidable por defender el principio de la soberanía popular; lo que esos colonos sediciosos buscaban era el apoyo de una potencia colonial para combatir por la separación de las colonias; lo que esos instigadores de la guerra de siete años, comenzada por Washington con el triste

accidente de Jumonville, esperaban era que Francia olvidara la sangre vertida, la pérdida del Canada, la ruina de su hacienda; para ayudar á antiguos enemigos y darles con su noble protección un puesto entre las naciones.

El anuncio de la alianza hizo palpitar de gozo á la América inglesa. Las salvas de artillería, los fuegos artificiales, los vivas al rey de Francia estremecían el cuartel general de Valley-Forge; y los discursos, los transportes de júbilo, las rogativas en acción de gracias al Todopoderoso se elevaban como un himno glorificador á la Francia redentora. El congreso anunciaba á las trece colonias "que la independencia ya estaba asegurada y constituido un nuevo estado," reconocía en la alianza "los beneficios de la graciosa Providencia que les deparaba tan poderoso amigo," veía en Luis XVI al

"protector de los derechos del género humano," y hacía pública "su gratitud por la conducta magnánima y desinteresada del rey de Francia." Felicitándolo oficialmente por el nacimiento de la duquesa de Angulema, el congreso rogaba al monarca que enviara su retrato y el de su real compañera "para colocarlos en la cámara del consejo, á fin de que los representantes de los estados pudieran tener siempre á la vista á los primeros amigos y protectores de su causa."

Una ciudad del Kentucky se llamó *Louisville*, un nuevo condado recibió el nombre del delfín, y á los colores nacionales se añadió el blanco en honor de la bandera real.¹

Con la alianza cambió el aspecto de la guerra. Las escuadras británicas perdieron la pacífica posesión del océano, el ejército

¹ G. Bancroft, *History of the United States*.

angloamericano pudo contar con la eficaz cooperación de la marina aliada, y una división de seis mil hombres aguerridos, que pronto se aumentó hasta el doble, desembarcó en Rhode Island con el conde de Rochambeau y lo más insigne de la nobleza francesa. “ Por una resolución magnánima, Francia había puesto sus tropas, como auxiliares, á las órdenes del general en jefe americano.”¹

Pero pronto, “ fatigado de combatir y reposándose en el apoyo de los franceses, el pueblo de los Estados Unidos creyó que podía echar toda la carga sobre su generosa aliada y, por su indiferencia, obligó á Washington á disminuir el número de sus tropas, en el momento mismo en que un supremo esfuerzo hubiera bastado para termi-

¹ G. Bancroft.

nar la contienda.”¹ Como para sostener la guerra no se había impuesto contribución ninguna, y los estados se negaban á hacer el menor sacrificio por la causa general conservando sus hombres y recursos para su propia defensa², la miseria continuó siendo el más temible enemigo del ejército angloamericano. El estado de Massachusetts ofrecía en vano una prima de quinientos pesos por el enganche de cada soldado, y la asamblea de Virginia prometía con igual éxito setecientos treinta pesos de prima, todo el equipo militar, cien acres de terreno por hombre, pensiones á los inválidos y á las viudas y un retiro vitalicio á los oficiales.³ “ En el país, la convicción unánime era que la hacienda de la república depen-

¹ C. de Witt.

² Véase la carta de Washington á Jorge Mason del 27 de marzo de 1779.

³ G. Bancroft.

día de la ayuda pecuniaria que Francia quisiera darle. El 11 de diciembre de 1780, Glover, de Massachusetts, escribía á sus comitentes: “Desde hace cuatro dias vuestro contingente de tropa de línea no ha recibido ni un pedazo de pan. Ni tenemos fondos ni nadie quiere adelantárnoslos. El mejor trigo se vende en el estado de New York á tres cuartos de peso el *bushel*, y nuestro ejército perece de miseria.”¹

A los pocos meses de firmada la alianza, el congreso daba á Franklin encargo de “manifestar á Su Majestad Cristianísima que la América esperaba protección del poder y de la magnanimidad del rey.” Greene escribía al ministro de Luis XVI, residente en Filadelfia: “Si Francia no acude pronto en nuestra ayuda, temo que

¹ G. Bancroft.

nuestro país se pierda para siempre.” Y Washington, en una memoria destinada á Luis XVI y entregada al coronel Laurens, enviado á Versalles en 1781 para solicitar nuevos recursos, mostraba los abismos del mal que devoraba á la naciente república y los claros indicios de una próxima catástrofe: “Si inmediatamente no obtenemos un amplio y eficaz socorro de dinero, concluía Washington, en la campaña que va á comenzar sólo podremos hacer un débil y agonizante esfuerzo, y ese será según todas las apariencias el término de nuestra defensa. Después del empréstito, lo más esencial para nosotros sería obtener en nuestro litoral una constante superioridad naval... Reunidos, los dos ejércitos darán un fin glorioso á esta lucha, pondrán el sello á las obligaciones ya contraídas por nuestro país con la magnánima generosidad de sus alia-

dos, y perpetuarán nuestra unión estrechándola con los vínculos de la gratitud y del afecto . . . La excelencia de las tropas francesas, su perfecta disciplina, su orden constante, su ardor y su espíritu de conciliación han singularmente aumentado el respeto del pueblo por sus aliados . . . Las fuerzas del país están agotadas, solos, no podemos ni restablecer el crédito, ni suministrar los fondos necesarios para continuar la guerra. El pueblo está descontento y la paciencia del ejército toca á su fin.”¹ Luis XVI hizo el préstamo y envió al conde de Grasse con veintiocho buques de guerra² y un nuevo ejército de cuatro mil hombres.

Sin facultades para imponer contribucio-

¹ G. Bancroft, y *Washington's Writings*, tom. VII.

² Estos buques, unidos á otros ocho que ya tenían los franceses en las costas de los Estados Unidos, formaron una escuadra de treinta y seis buques, superior á la de los ingleses en aquellos lugares.

nes y desairado en sus demandas de recursos, los arbitrios del congreso para sostener la guerra quedaban reducidos á un papel moneda casi sin valor. La alianza francesa abrió la puerta á los empréstitos y á los dones, y ya en adelante ese fué el único alimento del tesoro. Para obtenerlos, hasta las amenazas solían suceder á las súplicas: “El joven enviado de los Estados Unidos (el coronel Laurens), insistiendo en las peticiones que el congreso le había encargado de presentar en Versalles, cometió la imprudencia de hacerlo con un tono de amenaza: “Si yo fracaso en mis gestiones, decía, bien podría suceder que la América volviese á su antigua obediencia, y entonces veríamos á los soldados de las provincias combatir contra Francia bajo las banderas de Inglaterra”. . . El gabinete decidió, sin embargo, acceder á cuanto los Estados Unidos

solicitaban. Franklin ya había conseguido del tesoro francés el don de seis millones de libras y el préstamo de otros cuatro, que Necker consintió en aumentar hasta diez.¹ Mas semejantes peticiones, sin cesar renovadas y obtenidas siempre, hicieron nacer en la mente del gabinete francés el temor de que, aún independiente, la nueva república continuara descansando únicamente en el favor de sus aliados: "Si por fortuna, escribía de Vergennes al representante de Francia en Filadelfia,² llegamos á ultimar la paz con Inglaterra, preciso es que el rey concluya de suministrar subsidios á la América: tan inútil será entonces el ejército americano como inactivo se ha mostrado habitualmente. Aquí nos sorprendemos de ver que sin interrupción se nos hagan pedidos de

¹ G. Bancroft.

² Nota del 14 de octubre de 1782.

fondos, mientras los estados rehusan obstinadamente pagar los impuestos. Más natural sería reclamar de sus conciudadanos las sumas que necesitan para defender su causa, y no echar toda la carga á los súbditos del rey."

Pero la independencia no se disputaba sólo en el suelo de las colonias. España, desposeída en la paz de Utrecht de Gibraltar y de Menorca, privada de la Florida por el tratado de París de 1763 y ligada á Luis XVI por el pacto de familia, unía su marina á la francesa y, sorda á la voz de Floridablanca, comprometía su causa en el Nuevo Mundo lidiando por la emancipación de los anglo-americanos. La declaración de principios de Catalina II sobre la libre navegación, oponía la neutralidad armada al despotismo marítimo de la Gran Bretaña y disminuía sus medios de defensa. Holanda, la más dé-